

co y regiones circundantes; el desarrollo de las culturas nucleares de Mesoamérica, etc. A este mundo llegaron los primeros expedicionarios españoles y, con ellos, los evangelizadores. El A. nos informa también, de modo somero, acerca de las religiones practicadas antes de la predicación de la fe católica. La entrada del cristianismo en México (1517-1530) se ubica en el marco de la «donación apostólica», a la que sigue la discusión sobre los «títulos de conquistista», la presentación de los primeros misioneros, una breve explicación del Patronato real y la correspondiente descripción de la nueva sociedad mexicana, el establecimiento de la jerarquía eclesiástica, la reñiones o juntas de obispos, las apariciones guadalupanas, los tres primeros concilios mexicanos, etc. Las informaciones suelen ser bastante detalladas. De este modo, este manual se convierte también en un buen vademecum, con muchísimos datos que serán de gran utilidad para los estudiosos que se inician en esta disciplina: nombres de los primeros obispos, fechas y estadísticas de la misiones de los religiosos, nombres de los primeros intelectuales mexicanos, contribución de la Iglesia a la vida cultural del virreinato (por ejemplo, al desarrollo de la Real y Pontificia Universidad de México), personajes ilustres de las letras mexicanas, nombres de santos y mártires, relación de virreyes, organización administrativa del territorio, etc. El drama de la expulsión de los jesuitas y sus catastróficas consecuencias para la vida religiosa y cultural de México, es narrado de forma suficiente. Se pasa revista a las causas de la independencia, etc.

Con todo, la novedad más importante radica en la puesta al día de la historia eclesiástica mexicana hasta casi nuestros días: fin de la persecución religiosa, historia de los seminarios mexicanos y fundación y posterior clausura del seminario de Moctezuma (New Mexico), de 1937-1972; participación mexicana en el Concilio Vaticano II; las cuatro conferen-

cias generales del episcopado latinoamericano, especialmente la celebrada en Puebla en 1979; las dos primeras visitas de Juan Pablo II a México, en 1979 y 1990, la visita del presidente Salinas de Gortari al Vaticano en 1991, y la reanudación de las relaciones entre la Santa Sede y la República mexicana; institutos religiosos, movimientos y otras instituciones eclesiásticas que trabajan apostólicamente en México; etc. Los cuadros estadísticos son abundantes, la bibliografía final documentada y el amplio cuadro sincrónico de historia eclesiástica y civil mexicana oportuno.

De especial interés resulta el breve prólogo, porque expresa con mucha claridad la doble coordenada historiográfica del A.: «Se aducen los datos de la historia civil que ayudan a encuadrar la idea directriz, que debe ser siempre la cura de almas, como misión esencial de la Iglesia. Al mismo tiempo se dedica atención especial al crecimiento geográfico de la Iglesia Mexicana, a su invasión del espacio humano, lo cual lleva a procurar la estadística histórica, y concluir de esta manera con la finalidad del presente libro: mostrar sencillamente la penetración del espacio humano por las instituciones pastorales de la Iglesia en México». Y, segunda coordenada: «El estudio de la Historia de la Iglesia es muy necesario para comprender bien al mismo Jesucristo, ya que la Iglesia es su continuación en el tiempo. Muchos aspectos de su misión, muchas virtualidades de su obra y consecuencias de su doctrina, no se vienen a comprender sino en la vida de la Iglesia asistida por Él hasta la consumación de los siglos».

J. I. Saranyana

Massimo INTROVIGNE, *Indagine sul satanismo. Satanisti e anti-satanisti dal seicento ai nostri giorni*, Mondadori, Milano 1994, 430 pp.

No es fácil orientarse entre la multitud de grupos y grupúsculos alternativos a las

confesiones tradicionales, y que actualmente suelen denominarse «Nuevos Movimientos Religiosos»: algunos indican diez mil sólo en África, y otros tantos en el resto del mundo; su número de adeptos varía desde pocas decenas hasta varios millones. Sin embargo, el profesor Massimo Introvigne ha sabido hacerlo con maestría. Desde su atalaya de cofundador y director desde 1988 del Cesnur (Centro Studi sulle Nuove Religioni), ha podido describir el origen y desarrollo de muchos de esos movimientos, así como elaborar una síntesis que diagnostica las causas de su aparición y que presenta la terapia que pueden adoptar las religiones tradicionales.

El Autor anuncia en primer lugar la metodología que empleará: se trata de una investigación sociológica, no psicológica (ni experimental ni filosófica), ni tampoco teológica. Su propósito es el de estudiar aquellos grupos relativamente estables que veneran al diablo de manera organizada, esto es, en forma litúrgica (pp. 220, 21, 41, 63). Trata, pues, de estudiar no lo que el diablo hace con los hombres (las obras diabólicas), sino lo que algunos hombres hacen con el demonio, en concreto lo que realizan para venerarlo (religión) y no para combatirlo (oraciones de liberación, exorcismos).

El profesor Introvigne ha trazado en este extenso y denso volumen (430 páginas llenas de datos) la protohistoria del satanismo (ss. XVII y XVIII), la prehistoria —o sea el satanismo clásico (1821-1952)— y finalmente la crónica del satanismo contemporáneo (1952-1994). Dentro de este último se debe distinguir entre satanismo «oficial o registrado» (pocos centenares de grupúsculos, cuyo número de miembros es bastante menor de cuanto querrían hacernos creer la vox populi y los periódicos), y el satanismo «escondido o descontrolado» (propio de algunos grupos juveniles que imitan a los adultos, y llamado satanismo «ácido»: pp. 368 ss.; 375 in fine). Este último está mucho más difun-

dido y es más peligroso. En este fenómeno, libros, periódicos y cine poseen no poca responsabilidad.

El satanismo contemporáneo nace en 1966 cuando Antoine La Vey funda en California la «Iglesia de Satanás», inspirándose en un ocultista inglés que dio vida a muchos movimientos esotéricos de su tiempo e inspiró a bastantes de nuestra época: nos referimos, claro está, a Aleister Crowley (1875-1947). De hecho «no existe ningún autor que haya influido tan profundamente como Crowley el satanismo que se ha manifestado en la segunda mitad de nuestro siglo» (p. 220). También de él ha heredado la ambigüedad: creía que el único dios era el Hombre (y por esto se declaraba ateo, aunque en realidad era idólatra), mas por otra parte hablaba como si el diablo fuese un personaje real, aunque en verdad lo consideraba la personificación de las malas tendencias ínsitas en el hombre. La Vey ha desenmascarado progresivamente este segundo aspecto acercándose así a su maestro y a los llamados «Nuevos Movimientos del 'Potencial Humano'»; pero no lo ha logrado sin traumas. En efecto, en 1975 su lugarteniente Michel Aquino provocó un cisma al instituir en 1975 «El Templo de Set», en virtud de una revelación privada del demonio. Dado que estos últimos satanistas creen que el Diablo es un personaje real (compartiendo esta creencia con los católicos), han sido tildados de «satanistas católicos» por sus oponentes.

El Autor no se ha limitado a indagar sobre el satanismo, sino que ha ampliado su investigación al anti-satanismo. De la dialéctica de ambas tendencias resulta un proceso pendular: el crecimiento del satanismo provoca una reacción de antisatanismo, cuyos excesos inclinan a tolerar el satanismo, lo cual permite recomenzar el ciclo. Por ejemplo, después del decenio 1980-1990, en el que el satanismo fue dado por desaparecido o casi, éste ha nacido en los años '90. Al frente de que se

opone al satanismo aplica el Autor la consagrada distinción empleada para las sectas, a saber: existe un movimiento anti-satanista (laicista) y uno contra-satanista (religioso), así como un movimiento anti- y contra- de carácter racionalista (más bien escéptico) y uno post-racionalista (más bien crédulo). La razón de la furia de los contrasatanistas es obvia: están convencidos de la peligrosidad de un ser sobrehumano. Para los antisatanistas, en cambio, es un modo a menudo inconsciente de descargar sobre un chivo espiatorio (a saber, la sublimación de lo peor que se cela en el abismo del corazón humano) su rechazo de pensar hasta el fondo las contradicciones de una modernidad de matriz ilustrada, de la cual ellos mismos son hijos y herederos. «Si la historia del satanismo es interesante, lo es por su valor emblemático de icono de una cierta modernidad. Si la historia del anti-satanismo es interesante, lo es porque muestra la incapacidad de algunas fuerzas socialmente significativas —laicistas y religiosas— de identificar la causa profunda del malestar que advierten frente a ciertos aspectos de la modernidad, así como la búsqueda de diversivos y de chivos espiatorios» (p. 408).

Al final de este documentado y excelente ensayo la pregunta que se hace el profesor Introvigne es obligada: si el satanismo es un fenómeno típicamente moderno, ¿estará ausente en la época post-moderna? Y la respuesta también lo es: el mal estará siempre presente en la humanidad porque el hombre lo lleva dentro; pero que el mal domine al hombre o que el hombre domine al mal depende tan sólo de la libertad humana, de su colaboración con esas fuerzas sobrenaturales buenas —angélicas y divinas— que desean echarle una mano si él les tiende la suya.

J. Villanueva

Roberto JARAMILLO ESCUTIA (ed.), *Monumenta Historica Mexicana: Tomus I. Seculum XVI: Documenta edita*, Organización de Agustinos de Latinoamérica (Colección «Monumenta Augustiniana Americana», I), México 1993, 286 pp.

La Organización de Agustinos de América Latina (OALA) ha concebido el proyecto de publicar las diversas fuentes que ilustran el trabajo apostólico desempeñado por los eremitanos de San Agustín (a partir de 1959 denominados agustinos) en el Nuevo Mundo. Se proponen terminar este trabajo en el año 2033, quinto centenario del arribo de los primeros frailes a México. Según se lee en la introducción, confían así «que las próximas generaciones puedan escribir con la acuciosidad de la ciencia histórica, la vida y costumbres de estos frailes, en el contexto de la época colonial». Este primer volumen de la serie *Monumenta Augustiniana Americana* se dedica a Nueva España durante el siglo XVI, y recoge más de doscientos documentos (diez inéditos) recopilados por Carlos Alonso Vañes y Roberto Jaramillo Escutia; éste último, profesor de Historia de la Iglesia de la Universidad Pontificia de México, ha sido el responsable de la edición.

Como es sabido, los agustinos llegaron a Nueva España en un momento bastante temprano. Ya en 1543 quedaba constituida la provincia del Santísimo Nombre de Jesús de México. De esta forma, pudieron dedicarse a la evangelización de los indígenas, además de atender a los hispano-criollos. Su campo geográfico de acción fue la región en torno a México y la zona de Michoacán, que llegaría a formar la provincia independiente de San Nicolás de Tolentino, en 1602. Respecto a las etnias indígenas, laboraron con los huastecas, otomíes, chichimecas y tarascos. Juan de Grijalva ha dejado en su obra *Crónica de la Orden de N. P. S. Agustín en las provincias de Nueva España... des-*